

AUGE DE LA ACTIVIDAD MUSICAL ESPAÑOLA

UNA serie de realidades venturosas se imponen a nuestra consideración: en el instante en que surge el propósito de establecer un estudio comparativo entre la vida musical española de antes y la que se desarrolla después de nuestra cruzada. Rota la normalidad artística durante los tres años de lucha, ese mutismo señala un período en el que ilusiones, afanes, proyectos y esperanzas preparan lo que, ya hoy, a los siete años de iniciado, suscita el entusiasmo y el orgullo más legítimo de cuantos deambulan en torno a la música.

La fuerza de los hechos es tal, que todo intento de adorno literario, cualquier propósito de glosa, resultaría torpe, si no culpable. En realidad, no hay aspecto alguno que escape al jubiloso empuje de la generación actual. El número de aficionados se incrementa de día en día; las sesiones musicales se suceden con vertiginosidad; se crean organismos, se instituyen premios, se fomentan dotes y vocaciones incipientes; ha de multiplicarse el saludo alborozado a nuevos concertistas, que aportan la seguridad para un futuro, hasta aquí siempre incierto; se agudiza la pugna artística que moviliza los mejores afanes de esos luchadores beneméritos que rigen los destinos de las sociedades filarmónicas provin-

ciales... Todo, en suma, justifica el optimismo. La música, en este renacer español bajo el mando de Franco, no podía mantenerse al margen.

Pero bueno será que se determinen las bases de este visible progreso. Y, en la necesidad de señalarlas, quede, en primer término, mención escueta de una realidad sin precedentes: a las orquestas Sinfónica y Filarmónica de otros tiempos, a los conjuntos de vida interrumpida e insegura que, casi circunstancialmente, intentaban lucha desigual con las incontables dificultades que se oponían a su trabajo regular, vienen a sumarse corporaciones, ya florecientes, pese a su edad menor: así, la Orquesta Nacional y las orquestas municipales.

Por primera vez, el Estado español se preocupa de crear, y mantener con decoro, un organismo sinfónico. Sin que ello suponga merma alguna en las subvenciones tradicionalmente brindadas a los conjuntos sinfónico y filarmónico, no quiere limitarse a este apoyo, por demás exiguo y cómodo, sino fecundar otra entidad, abierta a los mejores instrumentistas, regida con desvelo y cariño ejemplares por la Comisaría de la Música; inquieta en la programación, presta a ser gobernada por cuantas figuras de prestigio mundial acepten la invitación cordialísima que se les cursa. En sólo cuatro años, la Nacional se convierte en el vehículo incomparable de toda la literatura sonora universal; se pone al servicio de nuestros compositores, y acredita sus cualidades de verdadera excepción, reconocidas de modo unánime por los directores más insignes, que se convierten en los máximos propagandistas de las virtudes que adornan a nuestro primer conjunto: así, el maestro Heinz Unger, uno de los más eminentes y admirados por el público inglés, figura ya querida de nuestro público, popular como pocos en Madrid.

Luego, las orquestas municipales. Barcelona, Valencia, Bilbao, guardan un recuerdo de entrañable afecto a las bandas antiguas, pero comprenden que es sólo la Orquesta quien puede y debe llevar al público la emoción de las grandes páginas. Tres orquestas de cien profesores que trabajan tenaces, entre la gratitud de una afi-

ción antes abandonada al metálico imperio de las bandas municipales.

Esto aparte, Sevilla, Salamanca, Vigo, Tenerife, San Sebastián, La Coruña, Pontevedra, tramitan el afianzamiento de conjuntos nada desdeñables, que ahora ya laboran con su mejor voluntad de acierto.

Pero no se crea en el exclusivo progreso sinfónico. Parejo a él, se avanza vertiginosamente en una zona difícil, hasta aquí reservada a minorías selectas: la música de cámara. Nuestro Estado, a través siempre de su Ministerio de Educación Nacional, crea la Agrupación de Música de Cámara; selecciona, para integrarla, a los solistas más ilustres. Y logra el propósito. Porque si en la Orquesta es D. Bartolomé Pérez Casas, el indiscutible gran maestro español, quien merece el nombramiento de titular, aquí Iniesta, Antón, Meroño, Casaux y Aroca aportan con sus nombres la mejor garantía de excelencia.

Grupos de Cámara en Barcelona y Bilbao completan el cuadro, por demás halagüeño. El color incomparable lo confieren las pruebas de folklore, en que se revalorizan cantos y danzas perdidos, ocultos por el polvo de los años; el Instituto de Musicología acomete la tarea de las ediciones, vitales si se quiere mantener tensa la voluntad de creación del compositor español; y el público presta el apoyo de su presencia, apura las localidades todas de cuantos teatros anuncian sesiones de tipo musical, y hace posible un incremento, sin equivalencia anterior, de conciertos y recitales. Reléase cualquier colección de críticas y programas, y la sorpresa se adueñará del curioso buceador. En un mes, cuarenta y cuatro conciertos —cifra esta de noviembre—; en tres días —finales de febrero—, once. Las cantidades son tan elocuentes que nos eximen de toda apostilla.

Además, el tema deja margen para comentarios detenidos. El de hoy sólo se propone una visión general, que habrá de completarse en su día, con las que se vinculen a cada uno de los aspectos apuntados aquí.